

Muy jóvenes, jóvenes y menos jóvenes. El lío de la juventud y la política

Los enormes cambios sociales, económicos, culturales y tecnológicos que venimos experimentando en estos primeros años del siglo XXI no nos permiten seguir manteniendo una mirada coyunturalista y episódica frente a lo que se denomina como “crisis”. Estamos entrando de manera definitiva en un nuevo escenario social, económico y político; una nueva época. Una nueva generación de jóvenes, la llamada Generación Z, ha crecido en este período de transición entre lo viejo y lo nuevo. Dejamos atrás la Generación X, la Generación Y -los *millennials*- y estamos ya en la Generación Z. Pronto nos faltarán calificativos para ir tratando de responder con la misma rapidez con que los conceptos se nos van volviendo obsoletos. Quizás estamos muy preocupados por cómo son los jóvenes recién llegados porque a través de ellos podremos ver mejor cómo se está conformando un nuevo mundo en el que ya no nos sirven ni las viejas respuestas ni, lo que es peor, las viejas preguntas.

La Generación Z viene marcada por un contexto cambiante donde las políticas de austeridad se han convertido en la norma dominante, a la vez que la precariedad y las desigualdades no han parado de crecer. Al mismo tiempo, es una generación que también viene marcada por Internet, por unas nuevas formas de relación y de producción y creciente necesidad de construir alternativas. En este artículo analizamos cómo esta nueva generación se relaciona con la política en general y con la participación política en particular. Empezamos situando el término “juventud” en el contexto de su creciente diversificación y, al mismo tiempo, la difuminación de sus perfiles para luego analizar el rol que la política tiene en los jóvenes de la Generación Z, las nuevas formas de participación promovidas por estos jóvenes y, finalmente, el papel que tiene Internet en todos estos cambios.

1. ¿Qué es la juventud?

Acercarnos a una pregunta de este tipo no resulta sencillo, y menos en el marco de una revista como la que nos acoge. Más allá de considerar a la “juventud” como una etapa transitoria entre la infancia y la edad adulta, cada vez resulta más absurdo tratar de poner rangos de edad específicos a esa fase vital. Mientras la OMS o la ONU nos hablan del periodo entre los 10 y los 24, en muchos otros ámbitos se alarga la cosa a los 29. La Generalitat de Catalunya, por ejemplo, ofrece ayudas para acceder a vivienda protegida a jóvenes que no superen los 35 años. Pero, la Consejería de Agricultura de la misma institución alarga ese periodo hasta los 45 años cuando fija las ayudas para “campesinos jóvenes”. Deberíamos pues evitar la definición basada únicamente en parámetros temporales o cronológicos. Los casos que exponemos nos indican que el paso de la infancia a la edad adulta no viene condicionado únicamente por factores biológicos sino que, sobretodo, depende de factores sociales. Así, el paso a la edad adulta no se asocia únicamente a la madurez física sino también a la madurez psicológica de la persona (construyendo una identidad propia) y a determinados aspectos de carácter social. Galland (1991), por ejemplo, definió las transiciones a la vida adulta como el periodo de adquisición de independencia residencial,

independencia económica (finalización de estudios e inserción laboral) y formación de la propia familia.

En consecuencia, si los factores que nos explican la juventud no son meramente físicos sino que también son psicológicos y sociales, difícilmente podemos establecer un rango de edad concreto para acotar este periodo. Por el contrario, debemos asumir que el rango de edad asociado a la “juventud” está necesariamente sujeto a una importante variabilidad histórica, geográfica y social.

Es obvio que el tema de “ser joven” no queda al margen de los procesos de transformación y cambio del trabajo, de las estructuras familiares, de la mayor heterogeneidad social o de los formatos de los servicios públicos y no públicos que se relacionan con ese sector poblacional, que crece en diversidad y que genera constantemente nuevos espacios de producción y consumo. Una transformación (parcial, incompleta y desigual) de los roles en los que se encuadraban hombres y mujeres, la emergencia y creciente consolidación de la sociedad del conocimiento, el cambio en las expectativas, una mayor individualización de las trayectorias individuales (con menos lazos y vínculos) y una perspectiva cada vez más asentada de una mayor esperanza de vida, hacen que la estructura de edades tenga hoy poco que ver con lo que entendíamos que era en pleno auge del modelo de sociedad industrial (que podríamos localizar en la segunda parte del siglo XIX y tres cuartas partes del siglo XX). Por otra parte, estos mismos cambios están generando más desigualdad, más precariedad laboral y desempleo, más inestabilidad en el entorno laboral y familiar, y hacen que los espacios de socialización y las estructuras de apoyo a los jóvenes que lo necesitan se vuelvan más frágiles y cambiantes. La conclusión parece evidente: necesitamos nuevas miradas en relación a una realidad que nos está cambiando muy rápidamente y frente a la cual seguimos usando viejos paradigmas.

Como decíamos, existe una clara contradicción entre los cambios acelerados a los que asistimos y nos afectan, y la tenacidad con la que seguimos sosteniendo un conjunto de prejuicios sobre temas que han cambiado muy rápidamente. Mezclamos, por ejemplo, el ser joven con ser innovador y trasgresor, y el hacerse mayor o la ancianidad con decadencia física e intelectual. Al mismo tiempo, las cifras de esperanza de vida, de alargamiento de los ciclos vitales e intelectuales, o la constante presencia de personas adultas y mayores activas en todo tipo de actividades y procesos, nos van desmintiendo nuestras anteriores convicciones y estereotipos. Lo que vamos viendo, es que las personas llegan a edades que antes considerábamos como muy avanzadas manteniendo altas dosis de flexibilidad y adaptación. Los hitos vitales con los que dividíamos las distintas etapas de cada quién, ya no nos sirven para seguir distinguiendo niños de jóvenes, jóvenes de adultos o adultos de mayores. Y además somos conscientes que la cosa se complica si empezamos a distinguir hombres de mujeres, personas en grandes ciudades o las que viven en zonas de baja densidad, personas con trayectorias laborales centradas en esfuerzos físicos y manuales y personas que han tenido empleos menos exigentes desde este punto de vista.

Lo cierto es que hemos utilizado a menudo una concepción de la vida muy vinculada a un trabajo estable que estructuraba la vida de cada quién y sabemos que ello no ha sido así ni para todo el mundo ni para cualquier lugar. Se fue usando la metáfora de las estaciones de verano e invierno, para

describir ese relato de las trayectorias vitales configuradas desde y para el trabajo. Pero sin incorporar a ese concepto de “trabajo” muchas labores de cuidado y subsistencia que nunca se reconocieron. Entendemos que estamos ahora ante trayectorias vitales mucho más complejas, heterogéneas y diversificadas, y por lo tanto la descripción de las dos estaciones y del “trabajo” mercantilmente reconocido resulta pobre y simplificador.

Las estrecheces y carencias de este tipo de relato, que podemos considerar hasta cierto punto hegemónico, son desde nuestro punto de vista evidentes. Presenta a los jóvenes como innovadores, transgresores, portadores de futuro, independientes y autosuficientes, y a las personas mayores como frágiles, necesitadas de atención, con problemas de comprensión y de movilidad, muy limitadas en cuanto a sus posibilidades de ocio y de placer, básicamente improductivas (como muchas otras situaciones que afectan a las mujeres, sobre todo) y destinadas a acabar sus días en una institución especializada en este tipo de población dependiente. No podemos por tanto considerar extraño que las políticas públicas destinadas a ambos colectivos resulten básicamente obsoletas y poco satisfactorias para sus destinatarios.

Pero, es asimismo cierto que frente a ese relato ha ido planteándose otra visión que tampoco podemos aceptar como satisfactoria. Nos referimos a los que ven a los jóvenes como personas eternamente inmaduras, sin futuro, que van a vivir mucho peor que sus padres, que tienen solo la posibilidad de obtener empleos precarios y continuar viviendo con su familia. Mientras por el otro lado, los hay que ven en la etapa de la ancianidad o la vejez una especie de “madurez dorada”, en la que una persona mayor conseguiría con éxito mantenerse activa, autónoma y plenamente responsable. De esta manera, esas “nuevas” personas mayores dispondrían de muchas nuevas oportunidades. Una especie de “nuevos renacentistas”, que podrían empezar de nuevo en lo que desearan, dedicando tiempo y esfuerzo a nuevas inquietudes y a deseos no cumplidos. Es evidente que ese tampoco es un relato que refleje la realidad multiforme y muy desigual tanto de los jóvenes como de las personas mayores en cuanto a recursos económicos, cognitivos o relacionales.

Más allá de esta lógica binaria y simplificadora, muy vinculada a las dinámicas de mercadotecnia, hemos de repensar con ellos y ellas estas percepciones, tratando de recomponer a las personas en su plenitud, superando la fragmentación de problemas y respuestas, y evitando tanto la infantilización, como la ilusión de una etapa dorada. La manera de repensar esa realidad exige probablemente partir de una concepción de ciudadanía, en la que podamos caber todos, sea cual sea nuestra edad, género u origen. Los jóvenes de la Generación Z, que se caracterizan por querer ser protagonistas tanto de sus propias vidas como de los cambios sociales que se están aconteciendo, pueden estar sumamente predisuestos a ser partícipes de la construcción de un nuevo paradigma.

2. Un análisis de contexto

Si contextualizamos el concepto histórica y geográficamente para analizar la situación actual en las sociedades occidentales en general y en España en particular observamos algunas tendencias realmente significativas (Moreno, 2012; Parés, 2014). Podemos destacar por lo menos tres grandes factores.

En primer lugar, un proceso de individualización en la transición hacia la edad adulta. Es decir, cada vez el proceso transitorio está más vinculado a decisiones personales y menos a las instancias normativas tradicionales, tales como finalizar los estudios, encontrar trabajo, abandonar el hogar y formar una familia (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). Al mismo tiempo, la Generación Z se caracteriza por querer ser protagonista de su propia individualidad. Ya no quieren construir su especificidad escogiendo entre una infinidad de opciones o productos que el mercado les puede ofrecer. Quieren producir ellos mismos sus propios productos y sus propios contenidos, a menudo al margen de la industria de masas. El auge de los *youtubers* entre estos jóvenes es una buena muestra de ello. Son autodidactas y buscan sus propios caminos, y lo suelen hacer al margen de las instituciones tradicionales como la familia o la universidad.

En segundo lugar, una desestandarización (y diversificación) de los itinerarios que sigue cada individuo que, en cualquier caso, tienen un grado de complejidad mucho mayor y se alejan de la linealidad tradicional de los itinerarios vitales de hace unos años (López Blasco, 2005; País, 2007). Hoy en día, pues, cada joven cambia su situación y su itinerario en numerosas ocasiones a lo largo de su juventud (deja los estudios y los retoma, abandona el hogar familiar pero se ve forzado a volver, encuentra un trabajo pero es temporal y precario, construye y reconstruye más de una familia, etc.). Los jóvenes de la Generación Z asumen con normalidad esa situación. Han perdido el miedo a la incertidumbre, pues han crecido con ella. A diferencia de las generaciones predecesoras, ellos son extremadamente realistas.

Y por último, en los últimos años hemos visto también como, siendo uno de los colectivos más afectados por las consecuencias de la crisis económico-financiera, jóvenes de todo el mundo han protagonizado numerosas movilizaciones políticas reclamando cambios profundos en el modelo económico, social y político que gobierna nuestro actual mundo globalizado. En España el movimiento 15M es quizá la muestra más significativa de esa nueva ola de movilizaciones, a las que han seguido otras iniciativas y experiencias con una importante implicación de la población joven. Los jóvenes de la Generación Z quieren cambiar el mundo, si bien todavía no saben cómo hacerlo. A la vez, se han forjado cooperando, más que compitiendo, y son mucho más inclusivos que las generaciones anteriores.

Uno de los efectos de este nuevo escenario que acabamos de describir, y que ya fue uno de los elementos característicos de los *millennials*, es la prolongación de la etapa de juventud, con un retraso -común en toda Europa- en la asunción de responsabilidades (País, 2003; Singly, 2005; Requena, 2006). Una prolongación que, entre otras cuestiones, ha venido manifestándose en las últimas décadas en España con un retraso en la salida del hogar familiar, significativamente por encima del resto de jóvenes europeos. Cuestiones como la extensión del período de formación, el aumento de jóvenes que optan por la realización de estudios superiores, las dificultades para acceder a una vivienda y poderse emancipar, el retraso en la incorporación al mercado laboral son algunos de los factores que contribuirían a explicar esta prolongación. Una batería de parámetros que empezaron a manifestarse a finales del siglo pasado y que no han hecho más que agudizarse con la actual crisis económico-financiera. La propia naturaleza de la crisis, sumada al claro deterioro de los Estados del Bienestar, nos ha conducido a una situación juvenil de creciente precariedad laboral, creciente desempleo, crecientes dificultades para acceder a la vivienda y crecientes dificultades para acceder a la formación superior.

Una de las evidencias que muestran esta prolongación de la etapa juvenil la encontramos en la propia definición de las políticas de juventud impulsadas por diversos gobiernos en los últimos años, donde podemos ver como la definición temporal de este periodo se ha ido alargando progresivamente, primero de los 25 a los 30 años y posteriormente incluso hasta los 35.

Esta ampliación del periodo de edad por el que transita la juventud, además, puede ir asociada a un cambio en el propio concepto. Si la juventud es cada vez más larga y comprende a un porcentaje mayor de la población, entonces va perdiendo sentido que se considere como una etapa transitoria, sobretudo cuando los problemas vinculados a esta etapa son hoy en día de gran magnitud y los y las jóvenes son uno de los colectivos más afectados por las consecuencias de la crisis (paro juvenil, dificultad para acceder a la vivienda, dificultades para estudiar, etc.). Al mismo tiempo, la edad adulta está sufriendo también unas transformaciones muy importantes que llenan de incertidumbre un período vital que, hasta la llegada de la crisis, era considerado no sólo el periodo central de nuestras vidas sino también el más estable. Así, cada vez son más frecuentes los casos de personas y familias que habían transitado a la edad adulta y que, de golpe, se han quedado sin ocupación y/o vivienda, perdiendo autonomía y viéndose obligados, en muchos casos, a retornar al hogar de sus padres. Resulta evidente que el marco conceptual que proponía Galland (1991), que funcionó muy bien para explicar los procesos de transición homogéneos propios de la primera modernidad, tiene serias dificultades para explicar un mundo, como comentábamos al inicio, mucho más complejo y heterogéneo donde las transiciones a la edad adulta han sido diversificadas, fragmentadas, prolongadas y precarizadas.

No hay ninguna duda de que hoy los jóvenes se enfrentan a su particular proceso de emancipación juvenil enmarcados en un contexto socioeconómico altamente inestable y con unas condiciones de vida claramente peores a las de las generaciones precedentes (Moreno, 2012). Es en este contexto, y para hacer frente a estas condiciones de vida, que los jóvenes han empezado a cambiar también sus formas y sus prácticas de participación política.

3. ¿Y la política? politizados pero no institucionalizados

Un de las distinciones más comunes, y que puede ser de gran utilidad para el estudio de la participación política de los jóvenes hoy en día, es la que se establece entre las concepciones aristotélicas y maquiavelianas de política (Del Águila, 2008). Las primeras se fundamentan en la lógica de la cooperación y entienden que la política es aquella actividad a través de la cual los ciudadanos deliberan sobre aquello que les afecta de forma colectiva. Desde esta perspectiva, la política ocupa un lugar de centralidad en la vida de los ciudadanos, tiene un carácter educativo y se orienta a la colaboración sobre aquello que es común. Por el contrario, las concepciones maquiavelianas de la política la entienden como el conflicto entre intereses contrapuestos. Así, la política no sería una actividad basada en la cooperación sino que se trataría de una lucha por el poder.

La concepción predominante de la política (y de la ciencia política) en la modernidad y hasta nuestros días ha sido la concepción maquiaveliana, sin que ello signifique que las visiones consensualistas no hayan sido muy presentes en la teoría política y hayan influido decisivamente en la construcción del estado liberal tal y como lo conocemos.

Las transformaciones que estamos viviendo recientemente en las sociedades occidentales (globalización mercantil, informativa y social, nuevos modelos de relación social, laboral y familiar, la revolución tecnológica de internet, etc.) sumadas a la actual situación de crisis económica, social y política podrían estar cambiando las tendencias dominantes en la concepción y el estudio de la política, haciendo emerger, de nuevo, una concepción de la política basada en la cooperación. Los jóvenes de la Generación Z, a través de nuevas prácticas sociales y políticas, podrían estar jugando un papel clave en esa transformación. A diferencia de los *millennials*, parece que los Z son una generación altruista y políticamente sensibilizada frente a cuestiones como el aumento de las desigualdades o el cambio climático.

Desde este punto de vista, cada vez tiene más sentido hoy en día entender la política en los términos que la definían Hague et al. (1994), es decir la política como la actividad a través de la cual los grupos humanos toman decisiones colectivas. En estos términos, entendiendo la política en sentido amplio, hay una enorme variedad de prácticas y actividades que deben ser consideradas políticas. Si entendemos que la política no es sólo una actividad que subyace y excede el marco estatal sino que también es una actividad cotidiana que puede producirse incluso al margen del Estado, entonces podemos recuperar a la política como una parte significativa de nuestro espacio vital e incorporar en el análisis de la acción política muchas otras prácticas políticas y sociales que persiguen la resolución de problemas colectivos. Este es el camino que parece que están tomando los jóvenes de la Generación Z: están politizados, quieren contribuir a la resolución de los problemas colectivos, pero no confían en su gobierno. Apuestan, pues, por hacer política desde la cotidianidad y al margen de la instituciones. De hecho, son ellos los que están poniendo en jaque a la política tradicional en todo el mundo. Ejemplos de ello son el apoyo masivo de los jóvenes a candidatos alternativos como Bernie Sanders o Jeremy Corbins, o la caída de los apoyos recibidos por el PP entre el electorado joven en las elecciones generales de 2015 y 2016, contrastando con el gran apoyo de los jóvenes a formaciones nuevas como Podemos.

Resulta evidente que la política, en su capacidad de gestionar de manera pacífica y consensuada la toma de decisiones que afectan a una comunidad, padece hoy en día de manera directa las transformaciones de la sociedad actual y las consecuencias de las distintas crisis que estamos atravesando (Subirats, 2011). Pero, es precisamente la política y la democracia lo único que, a nuestro entender, puede configurar las respuestas colectivas frente al escenario actual. En este sentido, entendemos que debemos asumir la complejidad como condición y no como obstáculo y proponemos un cambio profundo en la concepción de la democracia y la forma de conceptualizar y llevar a cabo sus políticas, incorporando las potencialidades del nuevo escenario que genera internet, e incorporando a la ciudadanía de manera directa, comunitaria y autónoma a la tarea de organizar las nuevas coordenadas vitales.

4. Los distintos quiénes

Resulta evidente que no todos los jóvenes se comportan políticamente de la misma forma, más aún cuando, tal y como hemos apuntado más arriba, las sociedades occidentales han experimentado un intenso proceso de diversificación, fragmentación y complejización.

Desde los estudios del comportamiento político se han desarrollado distintas tipologías relativas a “perfiles de ciudadanos” según su comportamiento

político, unos perfiles que, en gran medida, son también aplicables a la población juvenil. Una clasificación clásica es la que propuso Milbrath (1977), distinguiendo entre los ciudadanos apáticos, que no participan políticamente ni se interesan por la política; los ciudadanos espectadores (la mayoría), que contemplan la política desde fuera y sólo participan esporádicamente, y los ciudadanos gladiadores (una minoría), que participan políticamente de forma activa y regular. Barnes y Kaase (1979) propusieron también una tipología asociada a las distintas formas o repertorios de participación que utilizan los ciudadanos. Así, estos autores distinguían entre cinco categorías de ciudadanos: los inactivos, que no participan políticamente casi nunca; los conformistas, que participan únicamente a través de los canales convencionales; los contestatarios, que rechazan la participación convencional y se limitan a utilizar canales no convencionales (sean legales o no); los reformistas, que combinan la participación a través de formas convencionales con la participación en algunas formas legales de protesta y los activistas, que utilizan todas las formas tanto convencionales como no convencionales, incluso las ilegales. Los jóvenes suelen ser minoritarios entre los conformistas y mucho más presentes entre los reformistas, los activistas y los contestatarios. Los activistas y los reformistas suelen tener un nivel de estudios elevados, pero los primeros suelen ser más jóvenes que los segundos. Por último, los contestatarios suelen ser jóvenes con un menor nivel de estudios.

Ya hemos visto que la participación electoral no es la forma escogida por la mayoría de los jóvenes para desarrollar su actividad política. El estudio de González et al. (2007) mostraba como los jóvenes pre-crisis no sólo tenían un nivel de abstencionismo mayor en las distintas convocatorias electorales sino que tampoco participaban en las otras formas más convencionales. Así, en términos generales, los jóvenes pre-crisis no participaban en los partidos políticos, su grado de afiliación sindical era bajo y participaban poco en las estructuras formales y representativas de la universidad. También se concluye que la participación de los jóvenes en las asociaciones era baja pero, por el contrario, había crecido el nombre de organizaciones de carácter juvenil.

A diferencia de otros recursos individuales de carácter socioeconómico, la edad no acentúa las desigualdades entre participantes y no participantes en las formas de participación no convencionales, más bien todo lo contrario. Las formas de participación distintas al voto suelen aumentar las diferencias entre la población que participa y la que no lo hace, pues habitualmente se trata de prácticas políticas que requieren de mayor información y esfuerzo, con lo que se acaban concentrando en la población con mayor formación y mejor estatus socioeconómico. Pues bien, con la edad eso no pasa y los jóvenes tienden a participar más en las formas de participación no convencionales que en las elecciones.

De forma similar, las dos generaciones de jóvenes estudiadas por Fraile *et al.* (2006) tendían a elegir la protesta como el principal canal de participación política, especialmente si la protesta estaba vinculada a cuestiones que les afectaban directamente, como pueden ser los temas educativos. El mismo estudio destaca otras formas de participación no electoral muy comunes entre los jóvenes españoles aunque distingue según la generación de la que estemos hablando. Así, los jóvenes nacidos entre 1972 y 1980 (socializados al principio de la democracia) son los que más consumo político realizaban y los que más utilizaban la abstención electoral como forma de protesta. En cambio, los nacidos entre 1981 y 1988 (socializados en plena democracia) son

los que en mayor medida declaraban usar internet para llevar a cabo acciones políticas⁽¹⁾.

Por último, los datos más recientes de la Encuesta sobre Participación y Política llevada a cabo en Cataluña (Soler, 2013), muestran tendencias similares, si aquí ya se incluyen los jóvenes *post-millennials*, aunque no solo. Se refuerza el hecho que los jóvenes prefieren la participación menos institucional y vinculada a causas concretas y se afirma también que la participación de los jóvenes en las asociaciones es menor pero, por el contrario, los que participan lo hacen con una mayor intensidad. Se destaca al mismo tiempo que determinadas actividades, como el voluntariado, tienen un carácter eminentemente juvenil.

Los estudios de comportamiento político también se han fijado frecuentemente en las actitudes y los valores de los jóvenes frente a la política, preguntándose por la especificidad de sus actitudes y sus valores en relación con el resto de la población.

Ferrer (2006) concluye que los jóvenes pre-crisis y el conjunto de la sociedad española compartían ciertas características comunes como son la visión crítica con las instituciones y actores políticos, unos bajos niveles de interés y de seguimiento de la información política, y altos niveles de desafección política. Las escasas diferencias relevantes se concentrarían básicamente en algunas pautas de participación política y, en particular, que la juventud es más propensa que la población en su conjunto a realizar acciones de protesta o consumo político.

Por el contrario, el estudio de Soler (2013) demuestra que en los últimos años la actitud de la población juvenil frente a la política ha sido más de insatisfacción que de desafección. Es decir, no es que los jóvenes no tengan interés por la política (en sentido amplio) sino que se muestran altamente insatisfechos con el funcionamiento de las instituciones y muestran una gran desconfianza hacia los partidos y la clase política. Los jóvenes se sienten alejados de la política de partidos y, en consecuencia, prefieren las formas de participación política menos institucionales y más vinculadas a causas concretas. Esta actitud frente a la política, que en los últimos años se ha ido generalizando en el conjunto de la población, es más acentuada en la población joven. Sin duda alguna, la crisis ha hecho disparar ese sentimiento de insatisfacción. En 2011 sólo el 29,7% de los jóvenes se declara satisfecho con el funcionamiento de la democracia, cayendo el porcentaje de jóvenes satisfechos en 18,7 puntos desde el inicio de la crisis.

Benedicto (2008) defiende que no se trata de decidir si la juventud actual está desenganchada, si es escéptica o, por el contrario, es alternativa, sino que habría que empezar a pensar en que la mayoría de los jóvenes son las tres cosas a la vez. En una línea similar, Dalton (2011) plantea el dilema sobre si los jóvenes son realmente desafectos políticamente o si están ampliando los límites de la política y empoderándose mediante nuevas formas de participación. Para Benedicto (2012) este dilema debe superarse, pues en la sociedad actual la cultura política de los jóvenes responde a una multiplicidad de significados estrechamente relacionados con las experiencias de los jóvenes en su proceso de transición a la vida adulta. Así, los jóvenes de hoy en día atribuyen múltiples significados a la política. La forma como esos significados son utilizados y combinados por parte de los jóvenes determina su ubicación en la esfera pública. A partir del análisis de los repertorios interpretativos, el vocabulario, los códigos y las categorías contenidas en los

⁽¹⁾ Nótese que el estudio está realizado en el año 2006 y que hoy deberíamos contemplar una tercera generación de jóvenes nacidos entre 1989 y 1996.

discursos de los jóvenes, el autor distingue tres tipos de cultura política entre los jóvenes según el significado que estos dan a lo colectivo y a la política: la cultura de la apatía y el cinismo político; la cultura del escepticismo democrático y la cultura de la redefinición de la política. Parece ser que entre los jóvenes de la Generación Z predominaría la cultura de la redefinición de la política. Sin embargo, seguramente la realidad es mucho más compleja y lo que encontramos son distintos quienes que se combinan entre los muy jóvenes, los jóvenes y los menos jóvenes.

5. ¿Participar? Los Z quieren ser protagonistas

Aunque inicialmente los análisis sobre participación política se centraron en el estudio del voto y la mayor o menor implicación en los partidos políticos, la realidad es que progresivamente se ha ido abriendo el campo de análisis, al mismo tiempo que han ido apareciendo también nuevas formas de participación. Así, del estudio del voto se pasó a incorporar también en el ámbito de estudio del comportamiento político otras formas de acción como el contacto con los políticos, la participación en campañas electorales u otras formas de incidencia en la política convencional. Posteriormente se pasaron a estudiar también las formas de acción colectiva no convencionales, analizando las protestas políticas, los movimientos sociales y otras formas de acción y organización colectiva (Anduiza y Bosch, 2007).

Así, han ido proliferando las investigaciones que no sólo se han preocupado por analizar quién participa (electoralmente) sino que también se han interesado por cómo se participa políticamente, es decir, por cuáles son las distintas formas de ejercer la acción política (Klingemann y Fuchs, 1995; Verba et al., 1995; Montero *et al.*, 2006). Al mismo tiempo, aunque la mayoría de estudios han considerado los factores explicativos de la participación sin tener en cuenta la especificidad de cada práctica, estudios más recientes han empezado a diferenciar los factores en función del tipo de acción política (Norris, 2005; Ferrer *et al.*, 2006; Fraile *et al.*, 2006). En este nuevo orden de formas de participación política internet juega hoy en día un papel absolutamente determinante, tal y como se manifiesta en el incremento de investigaciones que se han interesado por su uso político (Chadwick, 2006; Poster, 2007; Chadwick y Howard, 2009; Anduiza *et al.*, 2010; Monterde, 2012; Subirats, 2015).

Por otro lado, a medida que las administraciones públicas fueron incorporando distintos canales institucionales de participación ciudadana más allá del voto (consejos consultivos, procesos participativos, etc.), incrementó también el interés por estas formas de participación (Font, 2001; Subirats *et al.*, 2001; Del Pino y Colina, 2003; Alguacil, 2006; Parés, 2009). No cabe duda, pues, que se ha ido ampliando el concepto, incorporando cada vez más actividades que pueden ser consideradas como formas de participación política.

Sin embargo, los jóvenes de la Generación Z plantean un nuevo reto a través de la puesta en marcha de nuevas formas de participación política. Utilizan Internet como paradigma relacional y como marco de transformación y, en este contexto, se han inventado nuevas formas de participación que responden a lo que podríamos llamar una “democracia implementativa”.

Nos estamos refiriendo a formas de participación que no necesariamente buscan incidir en la dimensión institucional de la política sino que

básicamente se ocupan de gestionar y resolver problemas colectivos (Parés et. al, 2015). Encontraríamos, dentro de esta tipología, múltiples experiencias que conciben la participación como una práctica social que pretende incidir (incluso con una lógica implementativa) en la resolución de los asuntos colectivos. Prácticas de participación basadas en la colaboración entre actores y/o ciudadanos que comparten intereses comunes y se fundamentan en valores como la cooperación y el acceso, en contraposición a los principios liberales de competencia y propiedad. Ejemplos de ello serían las experiencias de huertos urbanos, la autogestión de espacios vacíos, las cooperativas de consumo o las distintas formas de economía social y solidaria. Todo apunta a que muchas de estas prácticas se están multiplicando con la crisis económica, social y política que estamos viviendo, y en esas prácticas los y las jóvenes de la Generación Z están jugando un papel significativo.

Para definir estas prácticas participativas diversos autores están utilizando el concepto de “innovación social”, que la propia Comisión Europea define como “nuevas ideas (productos, servicios y modelos) que satisfacen las necesidades sociales (con mayor eficiencia que sus alternativas) y que, a su vez, crean nuevas relaciones sociales y colaborativas”. En términos generales, pues, la innovación social hace referencia a procesos y prácticas cooperativas de base ciudadana con un marcado carácter de servicio público que mejoran las anteriores soluciones a los problemas sociales.

Parece que los jóvenes de la Generación Z no quedarán satisfechos con las ya “viejas” formas de participación por invitación en las que los gobiernos llaman a la ciudadanía para escuchar su opinión. Los jóvenes de la generación Z quieren ser protagonistas de los cambios, participan “haciendo” y no solo opinando o discutiendo. Plantean, así, un nuevo marco de participación política basado en la cooperación, el pragmatismo y la autonomía.

6. Enredando. Jóvenes, política e Internet

En general se creía (y todavía se cree) que la aparición de internet posibilita un incremento significativo de la participación política en general, y de los jóvenes en particular, pues estos son los grandes usuarios de esta tecnología (Albero, 2010). Así lo muestran los datos del proyecto europeo CivicWeb⁽²⁾, que muestra que el 90% de los jóvenes usan internet. Sin embargo, aunque es cierto que los jóvenes fueron los primeros en utilizar internet y que la Generación Z se caracteriza porque son jóvenes que han nacido con Internet, hoy en día esa diferenciación cuantitativa con los adultos ha desaparecido (Soler, 2013). Ello no significa que la llamada “brecha digital” haya desaparecido. Como muestran White y Selwyn (2013), la educación, la edad y la clase social continúan reproduciendo desigualdades en el acceso y el uso de internet. Los mismos autores constatan que, más allá que el uso de internet se haya equilibrado entre distintos grupos sociales (por ejemplo entre jóvenes y adultos), aquellos grupos que son relativamente privilegiados en el uso de internet (jóvenes, educados y profesionales cualificados) se han aprovechado de las oportunidades que ofrece internet a un ritmo más rápido que el resto de la sociedad.

La literatura que relaciona la tecnología con los comportamientos sociales es muy extensa y tiene una larga historia (Jasanoff *et al.*, 1995; Mongili, 2007). Si nos centramos en Internet y la participación política de los jóvenes, encontramos dos grandes aproximaciones: las tecno-deterministas y las

(2) El proyecto se basó en técnicas tanto cualitativas (grupos de discusión, entrevistas, análisis de páginas web, etc.) como cuantitativas (encuesta a jóvenes de entre 15 y 25 años) y se desarrolló entre los años 2006 y 2009 en Eslovenia, España, Gran Bretaña, Holanda, Hungría, Suecia y Turquía.

voluntaristas. Las primeras parten de la base que la tecnología condiciona y transforma la participación política, de tal manera que los grupos que más utilicen internet (los jóvenes) van a ser los que más participen políticamente. Así, es de esperar que la aparición de internet va a generar (a medida que incremente su uso) una mayor participación política online y, a su vez, un cambio de las viejas formas de participación *offline* hacia nuevas formas de participación *online*. Los jóvenes, en tanto que grandes usuarios de internet no sólo van a participar más sino que van a adoptar nuevas formas de participación política. Por el contrario, desde las visiones voluntaristas se defiende que es la participación política la que guía el uso de la tecnología. Es decir, se cree que los jóvenes que no sean políticamente activos *offline* tampoco lo van a ser online, mientras que los jóvenes activos *offline* también lo serán *online*. Al mismo tiempo, también se argumenta que las formas de participación online van a ser un reflejo de las formas de participación offline. En este sentido, algunos estudios recientes hablan de una combinación de las dos aproximaciones. Argumentan que internet revitaliza la participación política de los jóvenes pero no desencadena un cambio de viejas a nuevas formas de participación porque la política tradicional ha repensado sus formatos comunicativos para continuar jugando un papel relevante en el uso político que los jóvenes hacen de internet (Calenda y Meijer, 2009).

Esta última afirmación contrasta con los resultados del proyecto CivicWeb, según el cual el uso que los jóvenes hacen de los sitios web propios de la política tradicional son extremadamente bajos. En una línea similar se manifiesta Soler (2013), según el cual el uso que hacen los jóvenes de internet es significativamente distinto al que hacen los adultos. No es que los jóvenes hagan un mayor o menor uso político de internet en comparación con los adultos sino que el uso que hacen es muy diferente: los jóvenes suelen hacer con mayor frecuencia acciones como recibir convocatorias de protestas a través de internet, buscar información sobre acontecimientos políticos o escribir en foros y prensa online; los adultos, en cambio, utilizan más las páginas de las administraciones públicas, contactan con administraciones para quejarse, contactan con partidos políticos o hacen donaciones. Se observa que, a diferencia de los adultos, el uso que hacen los jóvenes de internet está muy desvinculado de la política tradicional (instituciones públicas y partidos).

El uso político que los jóvenes hacen, o pueden hacer, a través de internet ha evolucionado mucho en los últimos años. Así, hemos pasado de sitios web jerárquicos y unidireccionales en las que el productor de la página web utiliza internet como un canal de promoción y de transmisión de información a sitios web que permiten un cierto grado de interacción y de feedback con el usuario y, más recientemente, a nuevas herramientas 2.0 que facilitan la compartición interactiva de información, el diseño centrado en el usuario y la colaboración en el World Wide Web. Algunos ejemplos de web 2.0 serían los entornos para compartir recursos, los sitios de P2P, los *wikis*, los blogs o las redes sociales. Olsson (2008) ya identificó distintos modelos de webs cívicas en función de si estas eran para activistas, para potenciales votantes o para consumidores. Como apunta Alberó (2010), los sitios web no interactivos han sido más utilizados por las formas y organizaciones tradicionales de participación política, la mayoría de las cuales disponen de una organización *offline* (instituciones públicas, partidos políticos, sindicatos, etc.). En la mayoría de casos, estos sitios web son diseñados desde la convicción de que el interés que se muestra en la web por un determinado tema será

compartido por los jóvenes, que lo buscarán y lo encontrarán. Sin embargo, la realidad muestra que el uso de estas páginas por parte de los jóvenes es muy bajo. En cambio, entre los sitios web interactivos encontramos muchas otras formas de activismo político que ponen a disposición de los usuarios herramientas para facilitar el diálogo, la interacción y la colaboración. Estos sitios web, además, suelen pertenecer a grupos que habitualmente no disponen de una organización *offline*. El uso de estas páginas por parte de los jóvenes es mucho mayor, sobretodo cuando se trata de sitios web creados por los propios jóvenes de acuerdo con sus intereses específicos.

En esta misma investigación, se preguntaron (mediante entrevistas en profundidad) por la concepción que los promotores de los sitios web civicopolíticos tienen de los jóvenes y de sus intereses (Albero, 2010; Benaji y Buckingham, 2010). El resultado fue que la mayoría de los productores coinciden en ver a los jóvenes como usuarios habituales de internet a los que es fácil llegar con este medio; que necesitan recibir información para poder llegar a interesarse y participar en cuestiones civicopolíticas, y que esperan que internet les de información actualizada sobre los asuntos que les interesan. Al mismo tiempo, el proyecto también interrogó a los jóvenes (mediante cuestionario y grupos de discusión) sobre su uso de internet y su concepción de la política y de la participación. La conclusión fue que los jóvenes sí que se preocupan por cuestiones civicopolíticas, si bien sus intereses políticos no coinciden con el de los políticos. Los jóvenes muestran preocupaciones por problemas de carácter colectivo, sobre todo aquellos que les afectan más directamente, y tienen interés por la política (en sentido amplio) en la medida en que se preocupan por la resolución de estos problemas. En cambio, muestran una gran desconfianza y un gran desinterés por la política de partidos y tienen la percepción que estos no responden a sus preocupaciones y sus necesidades. Esa concepción de la política, con interés político pero desinterés por la política tradicional, sería el principal factor explicativo del uso político que los jóvenes de la Generación Z hacen de internet.

Por último, debemos mencionar que a partir de las movilizaciones de la primavera árabe, el 15M o el movimiento *Occupy*, en las que los jóvenes e Internet jugaron un papel muy relevante, algunas investigaciones recientes están centrando su atención en las redes sociales como un mecanismo de movilización de los jóvenes hacia la participación política (Cortés, 2011; Monterde, 2012; Freixa y Nofre, 2013; Iwilade, 2013).

7. De la A a la Z

Pero volvamos al punto de partida. Las definiciones más extendidas de la llamada Generación Z incorporan expresiones del tipo: “no les gusta lo que les rodea, pero tampoco tienen alternativa”, “se ha roto la idea de futuro... son presentistas”, “son muy individualistas y desconfiados”, “han crecido en la precariedad y en la incertidumbre y por tanto no le tienen miedo a esa situación que sus mayores consideran anómala”, “quieren disfrutar de las cosas, no tanto poseerlas”, “autodidactas”, “irreverentes”, “liberales y en contra de las pompas institucionales”. En un par de investigaciones recientes, coordinadas por Joan Subirats y patrocinadas y publicadas por el Centro Reina Sofía de Adolescencia y Juventud (Subirats, 2014; 2015) se definía a los jóvenes entrevistados en distintas sesiones de “focus group” como “desconfiados: suspendidos entre búsqueda, resignación y revuelta” y se calificaba el momento como “situación inestable”(3).

(3) Jóvenes, Internet y Política, Publicado por el Centro Reina Sofía de Adolescencia y Juventud, Madrid, 2014 (disponible en pdf: <http://adolescenciayjuventud.org/es/publicaciones/monografias-y-estudios/item/jovenes-internet-y-politica>).
Ya nada será lo mismo. Los efectos del cambio tecnológico en la política, los partidos y el activismo juvenil, Publicado por el Centro Reina Sofía de Adolescencia y Juventud, Madrid, 2015 (disponible en pdf: <http://adolescenciayjuventud.org/es/publicaciones/monografias-y-estudios/item/ya-nada-sera-lo-mismo>).

Se insiste en los efectos que está teniendo en la última generación de jóvenes el hecho que hayan nacido ya en un entorno y una era digitales, donde las dimensiones *online* y *offline* se confunden y combinan. Es evidente que ello modifica notablemente el formato y los contenidos de las relaciones entre personas en cualquiera de sus aspectos. La edad es sin duda un factor de diferenciación en el acceso, uso y aprovechamiento de la sociedad-red. Y por tanto se constata un notable sesgo generacional que enfrenta capas y posiciones de poder.

Lo que no está claro es si esa diferenciación acaba ampliándose o si más bien se va produciendo una acomodación y una hibridación entre nuevos y viejos formatos de participación e implicación política. Lo que nadie puede dudar es de la profundidad de las transformaciones en curso y las nuevas oportunidades que esas disrupciones generan en los jóvenes, que pueden aprovechar la pérdida de valor de las viejas intermediaciones para generar nuevas formas de producción, consumo y distribución, aprovechando las lógicas distribuidas y compartidas en las que ellos y ellas han nacido y crecido.

Referencias bibliográficas

- ALBERO, M.** (2010). *Internet, jóvenes y participación cívica política*. Barcelona: Octaedro.
- ALGUACIL, J.** (ed.). (2006). *Poder local y participación democrática*. Madrid: El Viejo Topo.
- ANDUIZA, E. y BOSCH, A.** (2007). *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Editorial Ariel.
- ANDUIZA, E.; GALLEGU, A.; CANTIJOCH, M. y SALCEDO, J.** (2010). *Internet y participación política en España*. Madrid: CIS.
- BARNES, S.; KAASE, M.** (1979). *Political action: mass participation in western democracies*. Londres: Sage.
- BECK, U. y BECK-GERNSHEIM, E.** (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias políticas y sociales*. Barcelona: Paidós.
- BENAJI, S.; BUCKINGHAM, D.** (2010). "Young people, the Internet, and Civic Participation: An overview of key findings from the CivicWeb Project", *International Journal of Learning and Media*, 2(1): 15-24.
- BENEDICTO, J.** (2012). "The political cultures of young people". *Journal of Youth Studies* (1st article)
- BENEDICTO, J.** (2008). "La juventud frente a la política: ¿desenganchada, escéptica, alternativa o las tres cosas a la vez?" *Revista de Estudios de Juventud*, 81, 13-30.
- CALENDA, D.; MEIJER, A.** (2009). "Young people, the internet and political participation", *Information, Communication and Society*, 12(6): 879-896.
- CHADWICK, A.** (2006). *Internet Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- CHADWICK, A. y HOWARD, PH.** (eds.) (2009). *The Handbook of Internet Politics*. Londres: Routledge.
- CORTÉS, P.** (2011). *Redes Sociales: ¿Apoyo o boicot para la participación política?* Congreso AECPA, Murcia.
- DALTON, R.** (2011). *Engaging youth in politics: debating democracy's future*. New York: International Debate Education Association.
- DEL ÁGUILA, R.** (2008). *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Trotta.
- DEL PINO, E. y COLINA, C.** (2003). *Las nuevas formas de participación en los gobiernos locales*. Madrid: Fundación Alternativas.
- FERRER, M.** (2006). "Jóvenes, participación y actitudes políticas en España, ¿son realmente tan diferentes?". *Revista de Estudios de Juventud*, 75, 195-206.
- FERRER, M.; MEDINA, L. y TORCAL, M.** (2006). "La participación política: factores explicativos". En MONTERO, J.; FONT, J. y TORCAL, M. (eds.) *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*. Madrid: CIS.
- FONT, J.** (2001). *Ciudadanos y decisiones públicas*. Barcelona: Ariel.
- FRAILE, M.; FERRER, M. y MARTÍN, I.** (2006). *Jóvenes, conocimiento político y participación*. Madrid: CIS.

- FREIXA, C. y NOFRE, J.** (2013). *#Generación Indignada*. Barcelona: Milenio Editorial.
- GALLAND, O.** (1991). *Sociologie de la jeunesse*. Paris: Armand Collin.
- GONZÁLEZ, I.; COLLET, J. y SANMARTÍN, J.** (2007). *Participació, política i joves. Una aproximació a les practiques polítiques, la participació social i l'afecció política de la joventut catalana*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- HAGUE, R.; HARROP, M. y BRESLEGIN, S.** (1994). *Comparative Government and Politics: an Introduction*. Londres: MacMillan.
- IWILADE, A.** (2013). "Crisis as opportunity: youth, social media and the renegotiation of power in Africa". *Journal of Youth Studies*, 16 (8): 1054-1068.
- JASANOFF, S.; MARKLE, G.; PETERSON, J.; PINCH, T.** (1995). *The handbook of science and technology studies*. Thousand Oaks: Sage.
- KLINGEMANN, H. y FUCHS, D.** (1995). *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- LÓPEZ-BLASCO, A.** (2005). "La trama de los itinerarios de emancipación". En TEZANOS, J. (ed.) *Tendencias en exclusión social y políticas de solidaridad*. Madrid: Fundación Sistema, 529-554.
- MILBRATH, R.** (1977). *Political participation*. Lanham: University Press of America.
- MONGILI, A.** (2007). *Tecnologia e Societa*. Milano: Carocci.
- MONTERDE, A.** (2012). *Tecnopolítica, Internet y R-evoluciones. Sobre la centralidad de redes digitales en el #15M*. Barcelona: Icaria.
- MONTERO, J.; FONT, J. y TORCAL, M.** (2006). *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*. Madrid: CIS.
- MORENO, A.** (2012). *La transición de los jóvenes a la vida adulta. Crisis económica y emancipación tardía*. Barcelona: Obra Social La Caixa.
- NORRIS, P.** (2005). "Political activism: new challenges, new opportunities". En BOIX, C. y STOKES, S. (eds.). *The Oxford Handbook of Comparative Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- OLSSON, T.** (2008). "For activists, for potential voters, for consumers: three models of producing the civic web", *Journal of Youth Studies*, 11(5):497-512
- PAIS, J.** (2007). *Chollos, chapuzas, changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona: Anthropos.
- PAIS, J.** (2003). "The multiple faces of the future in the labyrinth of life". *Journal of Youth Studies*, 6(2), 115-127.
- PARÉS, M.** (2014). "La participación política de los jóvenes ante el cambio de época: estado de la cuestión". *Metamorfosis. Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud*, 0: 43-55.
- PARÉS, M.** (2009). *Participación y calidad democrática. Evaluando las nuevas formas de democracia participativa*. Barcelona: Editorial Ariel.
- PARÉS, M.; CASTELLÀ, C.; GARCÍA BRUGADA, M.** (2015). *Repensant la participació de la ciutadania al món local*. Diputació de Barcelona: Barcelona
- POSTER, M.** (2007). "Internet Piracy as Radical Democracy". En DAHLBERG, L. y REQUENA, M. (2006). "Familia, convivencia y dependencia entre los jóvenes españoles". *Panorama Social*, 3, 64-77.
- SINGLY, F.** (2005). "Las formas de terminar y de no terminar la juventud". *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 111-121.
- SOLER, R.** (2013). *Democràcia, participació i joventut. Una anàlisi de l'Enquesta de participació i política 2011*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- SUBIRATS, J.** (ed.) (2015). *Ya nada será lo mismo. Los efectos del cambio tecnológico en la política, los partidos y el activismo juvenil*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud.
- SUBIRATS, J.** (ed.) (2014). *Jóvenes, Internet y Política*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud.
- SUBIRATS, J.** (2011). *Otra sociedad ¿otra política?*. Barcelona: Icaria.
- SUBIRATS, J.; BLANCO, I. y BRUGUÉ, Q.** (2001). *Experiències de participació ciutadana en els municipis catalans*. Barcelona: Escola d'Administració Pública de la Generalitat de Catalunya.
- VERBA, S., SCHLOZMAN, L. y BRADY, E.** (1995). *Voice and equality: civic voluntarism in American Politics*. Cambridge: Harvard University Press.
- WHITE, P.; SELWYN, N.** (2013). "Moving on-line? An analysis of patterns of adult internet use in the UK, 2002-2010", *Information, Communication and Society*, 16(1): 1-27.